

UN CUENTO ATRIBUIDO A JOSE ASUNCION SILVA

I.

En la bibliografía de José Asunción Silva no se conoce ninguna obra narrativa fuera de su novela modernista *De sobremesa*. Es un hecho bien sabido que Silva escribió una colección de narraciones que denominó *Cuentos negros*, pero es fama que estas producciones se perdieron en el naufragio del vapor *Amérique* en enero de 1895¹. Así es que hoy día no hay conocimiento general de ningún cuento del autor del *Nocturno*. Sin embargo, entre los periódicos y revistas que aún guardan páginas olvidadas de Silva, figura un cuento que lleva el título de *Pataguya*. El relato fue dado a la imprenta no hace muchos años en el suplemento dominical de *El Espectador* (Bogotá)², pero no tuvo resonancia. Hoy lo volvemos a imprimir, para que sea accesible a los aficionados a la obra de Silva.

Desafortunadamente, existe una duda acerca de la paternidad de *Pataguya*, igual que ocurre en el caso de algunos poemas atribuidos a Silva. Los redactores de *El Espectador* afirman en una nota editorial que *Pataguya* “se ha publicado una vez, en la *Revista Gris*, de tan grata memoria”. Sin embargo, no parece que el cuento haya aparecido en dicha revista³. ¿Trátase de un error, o de una superchería literaria? No lo sabemos. Nuestro parecer no documentado — y es imposible formar una opinión más fundamentada — es que el cuento bien puede ser de Silva. Que sepamos, nunca se han hecho atribuciones falsas de de prosas a Silva, y no tenemos por qué dudar de la buena fe de la redacción de *El Espectador*. Procederemos, entonces, bajo la suposición provisional de que *Pataguya* efectivamente pertenece a Silva.

II.

Pataguya constituye un hermoso estudio psicológico, una vivisección

¹ Véase, por ejemplo, EMILIO CUERVO MÁRQUEZ, *José Asunción Silva*, en *Revista Moderna*, Bogotá, t. II, 1915, pág. 422.

² El 27 de mayo de 1951, pág. 17.

³ Hemos consultado la colección de la Biblioteca Luis Angel Arango (Bogotá), la cual consta de tres volúmenes correspondientes a los años 1892 a 1896.

de almas en que todo está sugerido y no explicado⁴. Se trata de un estudio doble, en que se analiza tanto a Pataguya como al anónimo narrador. Dada la forma autobiográfica, el lector tiene necesariamente que observar a Pataguya a través de los ojos del relator, y formula su opinión acerca de éste a base de las actitudes que despliega hacia Pataguya y hacia sí mismo. Resulta que los dos protagonistas son personalidades opuestas: Pataguya es extrovertido, espontáneo, enamorado de la vida, aun cuando es burdo y de alcances intelectuales muy modestos; el narrador, al contrario, es ensimismado, reconcentrado, excesivamente sensible y quisquilloso, a pesar de poseer finísimas facultades de espíritu. Con "magnanimidad sublime", Pataguya ha perdonado todas las maldades que se le hicieron en el colegio, guardando sólo recuerdos agradables de sus compañeros. El narrador, por el contrario, se acuerda únicamente de lo peor de sus días estudiantiles: las bromas pesadas (hechas a Pataguya, no a él), los compañeros y maestros patanes, las incomodidades, la mala alimentación.

Los dos protagonistas parecen otros tantos prismas colocados frente a ese fenómeno elusivo que es la realidad: el uno actúa de filtro para eliminar lo malo y realzar lo bueno que tiene la vida; el otro hace el papel contrario. Lo irónico es que el individuo de menos inteligencia y cultura es el que disfruta más de la vida; los refinamientos del hombre culto, en cambio, sólo sirven para hacerlo sufrir. Este comentario pesimista sobre los frutos de la inteligencia y la cultura parece ser una amarga reflexión autobiográfica de José Asunción Silva, cuya amplia cultura lo convirtió en "la más delicada y exquisita máquina de sufrir", según la frase de su amigo Baldomero Sanín Cano⁵.

La otra cara de la moneda es que en su vida diaria Pataguya hace una aportación mucho más valiosa a la humanidad que su amigo. Con su perenne buen humor y su actitud optimista, Pataguya trae la alegría a los demás, mientras que el ensimismamiento del poeta no ayudará a aliviar las penas de nadie. (Claro está que el escritor hace un bien al prójimo mediante sus publicaciones, pero se trata de un servicio casi anónimo, hecho a través del papel impreso, sin el calor del contacto directo. Además, este servicio intelectual no reemplaza al otro de ayudar al prójimo en la vida cotidiana).

Lo curioso, desde el punto de vista de la técnica narrativa, es que para llegar a la creación de este maravilloso carácter que es Pataguya, el autor ha dado un viraje casi total. Porque sucede que nuestra impresión inicial de Pataguya (y del narrador también) es completamente distinta. Si el narrador acaba por admirar la abnegación y la magnanimidad ingenua de Pataguya, su reacción primera es de desdén y repugnancia. La situación en que Pataguya surge a la vista

⁴ En *De sobremesa*, José Fernández, el alter-ego de SILVA, aclara: "Es que yo no quiero decir sino sugerir [...]" (*Obras completas*, Bogotá, 1965, pág. 136).

⁵ Nota a las poesías de SILVA (*Obras completas*, pág. 122).

tiene mucho de "pesadilla irreal y absurda"⁶. De buenas a primeras, el poeta siente que le tocan por detrás, y al volver se encuentra con un hombrecillo feo, vestido grotescamente. La conversación subsiguiente y las actitudes registradas por el relator de pronto sugieren al lector la impresión de que Pataguya es un nuevo rico que quiere tratar en pie de igualdad al aristocrático narrador. Esto parecen significar la aversión que expresa el relator hacia su excompañero y el tuteo democrático de éste, junto con su atuendo extravagante y sus maneras burdas. Al procurar leer entre líneas, el lector se imagina una lucha sorda entre un aristócrata rancio, pero venido a menos, que defiende celosamente su superioridad social ante los embates de un plebeyo ansioso de figurar. Esta idea parece confirmarse con el próximo tema planteado por Pataguya: ocurre que él vive en un barrio más elegante que el narrador.

Pero al llegar a este punto — casi la mitad matemática del cuento —, las cosas cambian abruptamente. Esta mutación se realiza a partir del instante en que Pataguya hace un comentario favorable acerca de su exverdugo Merouvel. Hasta aquí, el autor ha seguido un procedimiento de acumulación de detalles que puede compararse a la construcción de una escalera: cada peldaño agrega un pormenor nuevo acerca del personaje antipático que es el (al parecer) ambicioso y grosero nuevo rico llamado Pataguya. Mas, desde su comentario sobre Merouvel en adelante, se comienza a construir una nueva serie de peldaños para caracterizar al personaje. Resulta que Pataguya estima altamente a otro de sus exverdugos, Casca; que él, siendo pobre, se va a casar con una niña indigente, encargándose de mantener a su madre paralítica y a su hermana sordomuda; que se acuerda con agrado de sus malos ratos en el colegio; que no pierde su buen humor ni con una caída de espaldas en el barro. (Esta caída final funciona como un evento especial para subrayar dramáticamente, en el sitio más estratégico del relato, la innata bondad del hombrecillo maravilloso).

Lo que resalta en el magnífico estudio de carácter en *Pataguya* es la habilidad de Silva para examinar sus personajes desde distintos ángulos de visión. En la primera mitad del cuento se examina a Pataguya bajo el punto de vista ridículo, poniendo de relieve todo lo que hay de tosco y de grotesco en su manera de ser. En la segunda mitad, se saca a relucir la hermosura moral que reside bajo su exterior de bufón. El lector percibe este cambio de perspectiva a través de los ojos del poeta. Este último también sufre una ligera metamorfosis durante el decurso de su conversación con Pataguya: el narrador se transforma

⁶ Son las palabras del poeta al recordar sus días de colegio. Es natural que el narrador tenga esta reacción al ver a Pataguya, pues aun cuando no lo recuerda concretamente, lo asociará subconscientemente con la escuela.

de un aristócrata altivo y desdénoso en un poeta tímido y sensible que aprecia el valor humano de Pataguya y, sospechamos, le envidia su actitud alegre ante la vida. Esta visión polifacética de la realidad, lograda mediante el fino análisis de dos personajes —el uno de excelsas capacidades intelectuales, y el otro que vive a ras de suelo, pero con gran amor humano—, suministra un admirable encanto cervantino a *Pataguya*, una pequeña joya de la narrativa colombiana.

DONALD MCGRADY.

University of Virginia.

PATAGUYA

Estaba en las galerías del Odeón, entretenido en hojear un libro, cuando sentí que me tocaron en un hombro, por detrás. Volví la cabeza, con esa impresión desagradable que produce siempre un contacto inesperado, impresión que se acentúa si al volver uno los ojos se encuentra, en lugar de una fisonomía amiga, con la de un desconocido, cuya sonrisa, como la de mi inesperado interlocutor, parece reconocerlo a uno y comenzar conversación.

— ¿A que no me conoces? — me preguntó, mirándome.

Era un hombrecito muy barbado, con las orejas muy grandes y un pañuelo de seda atado al cuello.

Al ver mi sorpresa renunció a la adivinanza que me ponía y dijo:

— ¡Mouchat, hombre! Hipólito Mouchat, el que estuvo contigo en el colegio.

Como para que no me quedara duda, como para que lo que decía me galvanizara y me hiciera hablar, repuso:

— El matriculado bajo el número 1817.

Yo no podía contestarle porque aquello no me recordaba nada, absolutamente nada. Era uno de esos casos en que se siente uno hecho un animal; temía que el sujeto tomara mi silencio por orgullo, y sin querer lo miraba de pies a cabeza. Como quien suelta un argumento decisivo, me dijo entonces:

— ¡Pataguya!, hombre ... ¡Pataguya! ...

— ¡Pataguya! Por supuesto que te conozco, le dije. ¡Pataguya! ...

— Estaba seguro de que me reconocerías; yo a ti te reconocí al momento — dijo como descansando.

¿Me reprochaba mi olvido?

Lo cierto es que si no hubiera dicho el sobrenombre que le teníamos, jamás hubiera sabido quién era ni me hubiera acordado del lugar donde lo hubiera conocido ... ¿Conocido?

Eso tiene su más y su menos. Jamás nos sentábamos juntos en las clases, ni jugábamos en los recreos, ni conversábamos en los ratos de estudio, y todo eso por la sencilla razón de que junto a él no se sentaba nadie, de que nadie jugaba ni conversaba con él ... Pataguya en el colegio no era un estudiante: era Pataguya, el de la diversión, el *aguantatodo* de los colegios; yo no lo molestaba, tampoco lo defendía, y más bien me inspiraba lástima que otra cosa ...

Pataguya seguía mirándome con cierto airecito de satisfacción, de importancia más bien; tenía muy bien lustrados los botines y llevaba debajo del brazo un bastón, tamaño de grueso, con la cabeza de plata. ¿No son los entes más infelices, de quienes todo el mundo se burla, los más vanidosos?

— ¿Y tú vives en este barrio? — me preguntó.

Salido de aquella boca, el tuteo me hacía una impresión singular, la misma que me producen todos los compañeros de colegio con quienes me encuentro de cuando en cuando. Para mí evocaba sus familiaridades guardadas desde aquel tiempo, el recuerdo de las malas comidas servidas en los mismos platos, de los dormitorios fríos, de las necesidades físicas satisfechas en común, y esas impresiones que se juntan con la de cierta efusión de cariño, combatida por la idea de que no tengo nada de qué conversar con ellos, me hace revivir por unos instantes una época de sufrimientos y de malestar que me parece tan diferente, tan opuesta a mi vida actual, que recordarla nada más me produce una pesadilla irreal y absurda. Sintiendo eso al mirarlo y al oírlo, seguía yo mirando a Pataguya con cierto embarazo que parecía sorprenderlo ...

— Sí, yo vivo en este barrio — le respondí —. ¿Y tú? ...

— Yo no — me dijo muy cariconto —; yo vivo por allá del otro lado — añadió levantando el bastón y dándole con él en las narices a un señor que acertó a pasar en ese momento.

— Perdone usted, caballero — le dijo con aire almibarado.

— ¡Patán! — contestó el otro, y siguió su camino, encendido hasta las orejas.

Sin desconcertarse y guiñándose el ojo, continuó él:

— El carácter de algunas personas, ¡ah! Tan ásperos que son algunos, ¿no? ¿Te acuerdas de Merouvel, aquel grandazo, colorado? ...

— Merouvel ... Merouvel. ¡Ah, sí! Merouvel.

Ya lo creo que me acordaba. Era un animalazo, estúpido y malo, el más encarnizado contra Pataguya, el que había intentado soltarle un atlas por detrás, y darle pastorejos como para arrancarle las orejas, y pincharlo con alfileres, y pisarle los callos ...

— Tan buen muchacho, ¿no? — me preguntó sin ironía —. Y Casca, el pasante. ¡Ah! ¿Te acuerdas?

— Sí, sí, me acuerdo.

— El otro día me lo encontré y le di cerveza ... Es un sujeto excelente — añadió contentísimo.

El tal Casca había sido otro de los verdugos de Pataguya, un pasante que lo perseguía a todas horas; que lo embrutecía, poniéndole lecciones imposibles, que le fijaba como tarea aprenderse de memoria quinientos versos de Virgilio, de castigo, encierros de a medio día en el calabozo, horas enteras de tenerlo en pie, en un rincón, con las narices contra la pared ... ¡Cómo lo detestábamos los muchachos! Un día uno de los grandes le había dado unos cuantos gaznates ...

¿A Pataguya se le había olvidado todo eso, o era que lo perdonaba con magnanimidad sublime? ...

— Ah tiempos buenos, ¿no? — me dijo mirándose.

¡Y lo decía en serio! Lo volví a mirar y me convencí de que era de buena fe. ¿Cómo diablos, a través de qué prisma mágico veía agradable aquella época atroz de encierro, de fealdad y de sufrimiento? Tal vez será muy desgraciado, pensé, y se refugia en los recuerdos ...

— Bueno, ¿y qué haces? — le pregunté para cerciorarme.

— ¿Yo? — contestó haciendo una cara de pascuas—. Yo estoy empleado en una compañía de seguros ... Me tienes muy a tus órdenes si quieres asegurarte; gano cuatrocientos veinte pesos por año, los patronos me quieren mucho y estoy contentísimo porque me voy a casar dentro de tres meses, ¿oyes?

— ¿Y es rica ... ah? — le insinué.

— ¿Rica? Eso sí que no ... ¿Tú sí me crees hombre de casarme por la plata? ... Nada; pobre, pero me quiere mucho y es muy buena; la mamá está paralítica y la hermanita es sordomuda. Vamos a vivir todos juntos para que nos salga económico; tú no tienes idea cómo es de barata la vida en París cuando uno sabe hacer sus cosas. Y, además, me han ofrecido aumentarme el sueldo para el fin del año.

Aquello lo arreglaba todo, a su entender, y como por ese lado no le quedara más qué contarme, cambió de tema y me dijo:

— ¿Y a ti te ha ido muy bien? ... Dizque escribes en los periódicos y has publicado unas novelas muy bonitas, ¿no?

Por temor a las frases hechas, a los lugares comunes de la amabilidad que acompañan esa clase de temas, fui yo quien cambió de conversación, preguntándole:

— ¿Y tú te acuerdas con gusto del colegio?

— ¡Ya lo creo! Con muchísimo gusto.

— Es particular ... — repuse distraído, y al caer en la cuenta de lo que había dicho, temí haberlo lastimado con la frase. ¿Decir eso no era recordarle las patadas, los pellizcos, los pisotones, las palmadas y aquellos pastorejos en las orejas, que se las habían hecho crecer hasta darles la forma inverosímil y grotesca que les veía yo en ese instante?

— ¿Y ahora dices que no te acuerdas con gusto de esos tiempos? — me preguntó.

— Yo, absolutamente.

— ¡No salgas con ésas! ¿Conque si te encontraras con Merouvel o con Casca no tendrías gusto en verlos? ¡No salgas con ésas!

— No, poco más gusto me darían — le respondí.

Me pareció desagradado con la respuesta, pero al momento se le asomó a los labios una sonrisa de simpatía benévola, que le hacía más lastimosa la cara, y me dijo:

— Es que tú tienes cosas tan raras, tan de *pueta*. Desde el colegio ya eras *pueta* ... Pero vamos una apuesta: ¿a que de una cosa sí te acuerdas con gusto?

Silencio mío.

Trató de ponerme en la pista, diciéndome:

— De la comida.

Otro silencio mío, en que bregaba por acordarme.

— Una cosita de comer ...

¿Pero qué demonios puede ser?, pensaba yo acordándome de los frijoles, que parecían balas por lo duros, y de los huevos medio podridos y de la carne que parecía cuero inglés.

— ¡Ah, ingrato! ¡Ingratón! — siguió Pataguya —. ¿Ya no te acuerdas de las tortillas de los viernes?

— ¡Ah, sí! Unas tortillas llenas de harina y espesas como pan, pero en fin, menos malas que lo demás ... ¡y eso quién sabe!

Paró un ómnibus.

— Hasta luego, mi viejo, hasta luego, muchísimo gusto de verte — me dijo Pataguya.

Salió corriendo para alcanzar el ómnibus, saltó mal para cogerlo, resbaló y cayó para atrás entre el barro. El conductor y un soldado lo levantaron, y ya entre el ómnibus me volvió a decir adiós, moviendo el bastón, que no soltó ni con el porrazo.

¡Qué Pataguya!... Y yo que ni caí en la cuenta de ofrecerle un trago.